

INTRODUCCIÓN

Un museo de almanaques españoles

Lo que no se usa no se excusa, dice un adagio español, pío y prudente lector, y supuesto es uso en los pronósticos dedicatoria seria, prólogo jocoserio y juicio con folías y fandango, empiezo mi chirinola cumpliendo (si es que puedo) con el uso (F. Horta, pról. para 1739).¹

Uno de los sucesos más chocantes de las letras españolas del XVIII, y también de los menos acechados por nuestra historia literaria y cultural, es el inusitado medro que en la primera mitad del siglo alcanzaron almanaques y pronósticos astrológicos. El rotundo imperio de Diego Torres Villarroel en esa ruidosa zambra de piscatores, que tardó medio siglo en amortiguarse, ha sido desde antiguo subrayado, pero poco se ha hecho más allá de marcar la raya. En un reciente «Primer teatro de almanaques españoles» (Durán López, 2013) ensayé una aproximación más bien desordenada a la variedad y riqueza de esa singular edad de oro de la astrología *literaria* en España —vaya por delante mi desinterés por lo astrológico—, donde bosquejaba una descripción, presentaba a un puñado de autores y pasajes y rescataba un par de piezas. Al margen de ulteriores *teatros* (cf. Durán López, 2014b), ahora avanzo al *museo*, donde los especímenes ya no se reparten para su disfrute en la pepitoria casual de las barracas de feria, sino con orden y concierto, y alguna ambición de sistema.

No pretendo colmar el vacío de una monografía extensa sobre los almanaques españoles, antes sí romper y roturar este erial de sus formas, contenidos, lenguajes y funciones, dejando para otros el cultivo y la cosecha. Propongo, pues, una clasificación tipológica con la que agrupar y ordenar a los pronostiqueros. Para ello hay que remontarse a antes de que Torres principiara su lucrativa chirinola alrededor de 1719, a fin de articular un relato que no penda más de lo preciso del genial salmantino, sin ponerle ni quitarle a sus logros una coma indebida. Y me dispongo a diseccionar los cadáveres impresos en su cuerpo original —el folleto impreso cada año bajo el rótulo de *almanaque*, *pronóstico* o *lunario*—, desdeñando la extracción de órganos sueltos que Torres

¹ Este libro se ha beneficiado de subvenciones parciales del Departamento de Filología y el Grupo de Estudios del Siglo XVIII de la Universidad de Cádiz, que agradezco. Deseo reconocer la ayuda en algunos puntos de José A. Valero, Elena de Lorenzo, Rosalía Fernández Cabezon y José Miguel Cobos Bueno.

inauguró en sus recogidas de obras y los estudiosos han continuado. Aquí solo me las veré con las ediciones primigenias, en tanto que unidades orgánicas de producción y consumo. Me he esforzado por ello en acrecentar las fuentes conocidas, puesto que, gracias a lo adelantado desde 1978 en catalogación bibliotecaria, se pueden llenar bastantes de las lagunas que dejó el pionero y aún fundamental trabajo de Aguilar Piñal.²

Los almanaques rara vez son obras sueltas: aunque no todos triunfen, su conato es hacerse hábito repetido cada año. El negocio congrega a un impresor, un librero, un diseño tipográfico (a menudo singularizado por un sugerente grabado de anteportada que provee continuidad iconográfica), un almanaquero (original o traductor-adaptador) y un seudónimo-personaje que da santo y seña a la serie (el *Piscator*). Sin embargo, no siempre se alinean los planetas por igual. En esto andamos a tientas, pero vemos a un almanaquero mover su producto por distintos impresores y libreros (Torres Villarroel, por citar un caso señero), o que un impresor alterna escritores y personajes (el valenciano Mestre, entre muchos), o que un *piscator* es reencarnado por sucesivas plumas (el *Sarrabal* o *El jardinero de los planetas*), o que un autor simultanea series, y por tanto estilos (José Patricio Moraleja, y no fue el único). Sin desnortarnos en minucias de casuística, que tendrán desempeño suficiente en los capítulos que siguen, el corolario es que mi objeto de estudio han de ser las series. En la masa almanquera hay claras semejanzas estructurales, pero en cada serie vemos un patrón que se reitera salvo en lo mudable del año y que posee su propia historia.

La extensión relativa fija de cada sección, el formulismo del lenguaje facultativo y la corta variabilidad del material facilitan un diseño y escritura estereotipados, que en los tipos abreviados son rígidos y se relajan o combinan en los extensos y misceláneos, donde hay *autores* en sentido pleno y, como tales, a veces pegan bandazos, interaccionan con el público o negocian su originalidad ante los repetitivos cánones del género. Así, dentro de estas iteraciones, desde los años 30 se despliega un industrioso talento para singularizar el producto, cambiando o mezclando funciones, recursos o conte-

² Las obras se han consultado personalmente, a no ser que se advierta lo contrario. Consignaré biblioteca y signatura del ejemplar, incluso cuando empleo fotocopias o digitalizaciones. El fondo más extenso lo posee la Biblioteca Nacional de España (BN), que, además de muchas piezas sueltas, colecciona 24 tomos en 8º (Ri/342) con pronósticos por años de 1735 a 1766. Otros de sus volúmenes facticios parecen haberse desmembrado de dicha antigua colección: seis obras de 1699-1700 en 3/47168; cinco de 1767 en 7/43990 (antigua 7/45739); varios *Sarrabales* de 1727 a 1734 en VE/637-33; once pronósticos de 1759-1760 en 2/34942 (Ri/342 salta de 1758 a 1761 entre los tomos 20-21); y al menos tres piezas para 1737-1739, quizá más, en 2/40523 (extraviado). La Biblioteca de Cataluña (BC) contiene cuantiosos almanaques (originales o reimpressiones) publicados en Barcelona y otras ciudades, y la Real Academia de la Historia (RAH) dispone de otra amplia muestra, mientras que la Biblioteca Nacional de Chile (BNCh) guarda unas 150 piezas, con una decena muy raras y únicas. Identifico los almanaques por el año para el que se escriben, aunque suelen imprimirse en los meses postreros del anterior o, con menor frecuencia, a comienzos del que tratan. En mis referencias, cuando el año va entre corchetes y con interrogación, se ha tomado de los preliminares; si no hubiera en ningún sitio fecha, indicaré [s. a.], en el buen entendido de que será el del almanaque o el anterior. Doy los títulos completos salvo las dedicatorias, que sustituiré por puntos suspensivos. Modernizo ortografía y puntuación de títulos y citas en cuanto carezca de valor fonológico, aunque respeto las variantes *almanak/almanac/almanack/almanaque/almenaue, pronóstico/prognóstico, calendario/kalendario...*

nidos a fin de hacerse un hueco en el gusto y el bolsillo del lector. No bastaba con convidar a las mismas utilidades que el resto de competidores: cada almanaquero tenía que vender algo distintivo y ese es el cauce de progresión hacia modelos originales y complejos. Como se arguye en un pronóstico:

Señores, lo que resta es discurrir una idea extraña, que es en lo que consiste que los Piscatores tengan salida; pues si logramos dirigir el nuestro por un camino poco trillado, llamará la curiosidad, de modo que no me contento con que se venda una jornada de impresión; y si a los ciegos les gusta y toman por su cuenta el despacho, con dos jornadas no habrá surtimiento para ocho días (F. Suárez, *Piscator de los viejos* para 1757, p. 4).

El afán de hallar una voz de solista en el coro astrológico actúa como fuerza centrífuga contra la centripeta que generan tanto la arquitectura formular de los pronósticos como los arraigados gustos del público. Y eso complica su estudio tipológico, pues las series, a partir del punto de inflexión que determina Torres, se ramifican con frondosidad superficial que tapa la robusta troncalidad común. Se convirtió en un tópico en prólogos, dedicatorias y aprobaciones chancearse de la plaga de almanaques y reprochar su excentricidad. Así cantaba el *Ingenio Cordobés*:

Cada loco con su tema, pío y prudente lector, cada Piscator con su idea y cada autor con su manía: unos se hacen payos, otros Pascuales, otros jayanes, otros críticos, otros latinos, otros poetas, otros chirinoleros y otros mujeres; unos sueñan, otros caminan, otros los encantan, otros ventilan, otros afirman y todos mienten (pról. de F. de Horta y Aguilera para 1743).

Mi propósito ha sido extraer un relato de esa mojiganga de locos y temas, distinguir lo esencial de las mutaciones epidérmicas, y clasificar a los autores según la tipología de sus pronósticos hasta 1768. Así, discierno cuatro tipos, que apellidaré básico, extendido, literario y didáctico, a los que sumo los híbridos entre los dos últimos, que abundan en grados variables que a veces hay que medir en cantidades homeopáticas. El nudo central del reparto fue sugerido por Zavala («los pronósticos se pueden dividir [...] en dos tipos: los instructivos y los puramente literarios, como los de Torres, sin otra finalidad que urdir fantasías y quimeras en prosa y verso burlescos» [1978: 194]), pero trataré de documentar un desarrollo preciso y articulado, aislando ambos modelos de las formas tradicionales previas. La somera distribución de autores que hace Zavala no es, a mi juicio, acertada: en realidad, equipara «instructivo» con carente de secuencias literarias en verso o prosa, lo que transforma la categoría en un cajón de sastre que contrastar con Torres.

De otro lado, la controvertible tesis de esa autora es que el género opera como divulgación científica secularizadora, «literatura popular novadora» (un juicio similar se ha sostenido para géneros coetáneos como la comedia de magia, que juntos nos hablarían de una cierta «democratización» de saberes científico-técnicos a comienzos

del Setecientos: cf. Contreras, 2010). Gran parte del exiguo interés suscitado por estos folletos atiende, así, a la historia de la ciencia y la cultura popular, a una dialéctica entre tradición y modernidad que resulta hoy más cruda que entonces (cf. Valverde, 2007: 262-282). Mi análisis orillará ese punto sin hacer bandería con una opinión o la contraria, mas sí manifestaré ahora, solo de paso, mi escepticismo ante la creencia de que hay un viento de ciencia moderna o liberación de cadenas mentales en la rebeldía (parcial siempre, e imbricada en un interesado juego de autoridad y legitimación) que exhiben Torres y otros contra el adocenado *establishment* universitario y escolástico; contra este también combatían, en pugna disímil a las jocundas acometidas del salmantino y con más digna apariencia a los ojos de contemporáneos y críticos futuros —en ocasiones nacida de un injustificado prejuicio en favor de los saberes y las formas «oficiales» de la discusión académica—, algunos novatores, humanistas e ilustrados de pro, pero eso no los sitúa a todos codo con codo en una trinchera. En esa guerra por arrebatar la ciencia al monopolio de las escuelas establecidas, cada cual hizo la guerra por su cuenta..., y por la cuenta que le traía a cada cual.

Solo me ocupo de pronósticos anuales, prescindiendo de predicciones a mayor plazo, o en verso, lunarios perpetuos, manuales y controversias, vaticinios particulares sobre cometas, eclipses o sucesos;³ y también pronósticos burlescos o de perogrullo, abundantísimos y mercedores de estudio propio, pues las parodias de la astrología proyectan desde el xvi una sombra fiel de sus cambios.⁴ En el xviii la cosecha es copiosa y a veces apenas se distinguen formalmente, ya que, desde Torres, muchos se arrimaron al oficio de un modo instrumental y humorístico que difumina la frontera entre un almanaque en serio y otro en chanza, y la torna de relativo rendimiento interpretativo. Cabe afirmar que el torresianismo tuvo una deriva astrológica y otra burlesca, y que a menudo se entrecruzan.⁵

³ Lanuza distingue «works on comets, eclipses, conjunctions, repertoires, annual prognostications, lunar calendars, works on astrological medicine, texts on physiognomy, defenses of astrology and anti-astrology literature» (2009: 119) y cuantifica la producción española en unas 1200 obras publicadas durante el xvii. También Rosselló Botey (2000: 17-25).

⁴ Cf. Hurtado Torres (1980), García de Enterría (1981), Jiménez Caballero (2012) y Durán López (2013: 408-409). Un ejemplo antiguo: *Lunario y pronóstico general de las verdades que sucederán en el año de mil y seiscientos y diez y siete, acerca de la Limpísima Concepción de la Virgen María, madre de Dios y señora nuestra, concebida sin mancha de pecado original...* *Compuesto por el bachiller Baltasar de Cepeda, hijo de Sevilla*, Alonso Rodríguez Gamarra, Sevilla 1617 (4 hs.), BN, R/12176(31); en romance y con moderado tono de chanza de los almanaques y de la polémica concepcionista.

⁵ Algunos, como Gómez Arias, saltan de lo serio a lo burlesco. El *Pronóstico Piscator de la Arcadia, diario general de cuartos de luna para el año de 1736. Pragmática del tiempo sobre los piscadores e impugnación formal al erudito. Por Don Francisco Zepo, astrólogo pastoril...*, [s. i.], Madrid 1736 (8 hs. + 54 pp.), BN, R/37982, emplea el formato de almanaque para componer una pieza pastoril, pero imita también la *Pragmática del tiempo* quevedesca a fin de censurar a los pronostiqueros. Francisco de la Justicia está tan sesgado a lo literario que la práctica astrológica se hace labilísima como distintivo de las burlas y las veras, como en la compleja serie del *Pobrecito Manuel Pascual*, desde 1739, que excluyo. Por título y tamaño quizá sea también burlesco este pronóstico, del que no he logrado datos: Bartolomé Remón de las Sas, *Pronóstico mensual de verdades vestidas, ejemplo de astrólogos y entretenimiento de discretos para este año de 1736 y el de 1737*, [s. i.], [s. l.] 1735 (30 pp.), BNCh, 8;(262A-19p.3).

Poco de lo predicable de los almanaques españoles carecerá de correlato parcial o total en otros países, con autores como Francis Moore y su vendidísima *Vox stellarum* desde 1699 (cf. Galech, 2010: 92-93) o Benjamin Franklin y sus *Poor Richard's Almanacks* (cf. Franklin, 1976; Lüsebrink, 2003), e infinidad de obreros de la pluma y el compás en Italia, Francia, Inglaterra, Portugal, Norteamérica, etc. Sin agotar la lista, he visitado estudios, como el de Bollème (1969) para la Francia del xvii y xviii, el de Capp (1979) para Inglaterra, los de Dodge (1971) y Stowell (1975 y 1977) para las Trece Colonias, los de Lüsebrink (2000, 2012) sobre el elemento literario en los almanaques francófonos del xviii y xix, el catálogo de Galvão (2002) de la producción portuguesa o la síntesis de Quiñónez (2005) sobre los mexicanos del xix.⁶ Es una textualidad panoccidental, pero omitiré cotejos, pues lo urgente es avanzar hacia un estudio interno, que más tarde consienta en ser incardinado en una genealogía global. De hecho, un somero vistazo constata tipologías, paquetes de contenidos y evoluciones desparejas en cada país, que de momento nadie se ha preocupado de concertar o discriminar.

Interrumpo mis pesquisas con la prohibición de 1767, que pone broche a la época dorada. El pronóstico para 1766 de Torres Villarroel fue tomado por heraldo de la caída de Esquilache, lo que alarmó al Consejo de Castilla, que por mano del fiscal Campomanes puso bajo estrecha censura al salmantino y a su sobrino Isidoro; en 1767, eso derivó en interdicción general (cf. Mercadier, 2009: 168-172), cuyo fin último no era erradicar los calendarios, sino las predicciones que pudiesen retorcerse políticamente. Su aplicación y vigencia real están por establecerse, pues hay ediciones incluso en 1768. Algunos optaron por rehuir los rótulos de *pronóstico*, *almanaque*, *diario de cuartos de luna*, sustituyéndolos por *efemérides* u otros que sorteasen el peligro, aunque en escasos años se retornaría a los viejos caminos. No paso más allá, basta con atestiguar ese innegable corte material y conceptual.

⁶ Un repaso más tupido a la bibliografía internacional puede verse en Ávalos (2007: 282-287).